3 1761 07065200 3

PQ
7797
E24P6

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/poesasinmemori00echa

# POESÍAS

De esta obra se han impreso 400 ejemplares, en la siguiente forma:

200 en papel *teinté*,
150 en papel de Holanda,
50 en papel del Japon.

*PASCUAL J. ECHAGÜE*

# POESÍAS

IN MEMORIAM

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS
680 — CALLE DEL PERÚ — 680
1891

LIBRARY
MAR 24 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
7797
E24P6

# POESÍAS

## EN MIS HORAS DE TRISTEZA

Hay horas en la vida de tristeza,
De cruél melancolía,
En que sólo domina el sentimiento
E impera el corazón; en que la calma
Pesa más que el turbión y la tormenta.
Horas en que el dolor hierve y fermenta,
Punzando los recuerdos en el alma,
Perturbando la paz y la alegría;
Que hieren sin clemencia
Con sus brumas sombrías,
Con enjambres de nubes cenicientas,

Sudarios de dolor y de pesares,
Borrascas y tormentas
Que enlutan la existencia;
Que recuerdan los trinos, los cantares,
Que oyera allá en su patria bendecida,
Los momentos más gratos, más risueños,
Los más felices dias,
Los más alegres y dorados sueños,
Que forjan los albores de la vida;
Esos días de encanto y de ventura
En que el alma en sus goces se extasia,
En que todo se viste de alegría,
En que todo sonríe y que natura
Parece que brindara un paraiso.

Son más tristes, aún, aquellas horas,
Que el misterio acrecienta,
Si entremezclan las noches con auroras
La calma con borrascas y tormentas,
El goce y el placer con la amargura,
La dicha y desventura,

Si entre cantares el dolor se ostenta.

Aquellos que alejados de la patria
De aquella patria amada
Os separa un abismo,
Abismo engendrador de la tristeza,
Y que os pulsa la fibra delicada,
La fibra del amor, del sentimiento;
Aquellos que tengais horas sombrias
Y nubes que oscurecen vuestro cielo,
Noches de insomnio, de inquietud, desvelo,
Horas en que el placer ahogado cesa
Cediendo su lugar al sufrimiento;
Todos los que sintais, viviendo léjos
De vuestro ser amado,
Sin oir de sus labios una nota,
Sin sentir un latido,
Ni un suspiro exhalar su amante pecho,
Sin contemplar la lumbre de sus ojos,
De esos ojos bellísimos rasgados;
Los que tengais el corazón herido

Llevando la viudez en vuestras almas,
Los que sólo mireis en torno abrojos
Y lirios deshojados;
Venid todos, llegad y en torno mío,
Escuchad un momento,
Escuchad el laud del sentimiento,
Que cantar sólo mi tristeza ansío.

«¡Brisas queridas de mi patria amada!
Que os dormís en el cáliz de sus flores,
Céfiros suaves que cantais amantes
Barcarola sentida y melodiosa,
Cantinela tiernísima de amores,
Besando fuentes y rizando espumas;
Aves canoras de las verdes selvas
Del Paraná querido,
Si pasais presurosas por el nido
Donde hoy vuela veloz mi pensamiento,
Detenéos con él: sólo un momento,
Un momento no más, mirad que os pido,
Decidle por piedad, aves canoras,

Con esas voces tiernas y sonoras
Con que arrullais el sueño de mi patria,
Decidle por piedad, aves canoras,
A mi madre, la flor de mi existencia,
Que aunque lejos, jamás, nunca la olvido,
Que siempre es mi delirio,
Que es el único bien que mi alma adora,
Que sólo puedo mitigar pensando
Tan sólo en ella, mi tenaz martirio;
Que sufre de pesar el alma mía
Estando lejos de ella.
Que jamás en su cielo brilla aurora,
Que está denso y sombrío,
Porque no riela en su celaje umbrío,
Porque no luce su mejor estrella.

Primer rayo de luz, beso del dia,
Si llegais á las márgenes queridas
De aquella patria amada,
Llevadle sí, prendidas
Con las cintas de luz que le embellece,

A mi hermana adorada,
Las flores de mi vida,
Que sólo el soplo del amor las mece;
Primer rayo de luz, hijo del dia,
Llevadle el beso que mi amor le envía.

Ondas azules de mi patrio rio,
Que arrullasteis mi sueño dulcemente,
Con tu suave lamento,
En las templadas noches del estio,
Si llegais á la tumba de mi padre
Parad, río gentil, tente un momento,
Arrojad reverente
Sobre la losa de su tumba fría,
Las flores que arrastrara tu corriente,
Esa guirnalda hermosa,
Que llevas en el seno palpitante,
Para ornar al morir triste la tarde
La alabastrina frente, los negros rizos
De la patria mia.
Corred brisas, corred ondas sonoras,

Auras volad, volad aves canoras;
Id todas á entonar el melodioso
Y rítmico concierto,
Con que arrullais el sueño de mi patria,
De esa patria galana,
Que mimó con amor naturaleza;
Andad, mientras yo ansioso
Os espero sumido en mi tristeza,
Cuando rompe sus gasas la mañana.

Hay horas en la vida de tristeza,
De cruel melancolía,
En que sólo domina el pensamiento,
En que sólo hay espinas y malezas,
En que sólo hay pesar y sufrimiento;
Esas horas me invaden á porfía
Por eso sufro en mis tristezas tanto,
Por eso vierto en mi amargura llanto,
Por eso está enlutada el alma mía.

## A LA HERMANA DE LA CARIDAD [1]

Postrado gime el universo entero
Al peso abrumador de su tormento,
Nada acalla el lamento
Que lanza el extertor de su agonía:
Ni el ave de las selvas seculares
Con sus dulces cantares,
Ni el éco del torrente,
Que brama en la espesura y se dilata
Como faja de plata,
Que encadena á la selva prisionera,
Ni el trino arrobador de la sirena,

[1] Declamada en la Academia Literaria del Plata, el 8 de Junio de 1890.

Ni la sentida barcarola amena,
Que entona el ruiseñor, naciendo el dia;
Nada calma el lamento,
Que lanza el extertor de su agonia,
Ni el grito revoltoso de la orgia,
Ni horrendo bacanal su llanto acalla;
Es que el mundo batalla,
Y del combate en el ardor vencido,
No encuentra un solo ser que le consuele,
Ni un alma sola que apacible vele,
Por tronchar sus cadenas,
Ni un solo corazón que enternecido,
Endulce con su amor sus negras penas.

Mas calma tu dolor; seca tu llanto,
Pobre mundo que gimes,
Que ya surge radiante en la alborada,
El arco de la paz, iris de calma,
Para ahuyentar las nubes de tu cielo,
Y acallar el turbión que late en tu alma;
Ya templado en la pena se levanta,

Un angel tutelar, la tierna hermana,
A quién jamás el sufrimiento aterra,
En su celo profundo;
Por eso va sonriente y placentera,
Despreciando el placer, la gloria, el mundo
A inflamar con su amor toda la tierra.

Aún no despierta al alba de la vida,
Cuando triunfa en la lucha más violenta,
La lucha en que combate el sentimiento,
Cuando deja su hogar, su patria amada,
Los seres que en el mundo más adora,
Su dulce y tierno padre,
De su existencia refulgente aurora.
Cuando siente asorada el fuerte beso,
Que en su cándida tez su madre ha impreso
Deshecho el corazón por la partida;
Esa madre, la prenda más querida,
Que guarda el alma con amor sagrado,
Ese ídolo adorado,
Ese ser que acompaña nuestro espíritu

En las horas más crueles del tormento;
Ese ser que mitiga el sentimiento,
Con el amor más puro, más sincero,
Ese ser que nunca olvida,
Y á quién no basta para amar, la vida.

Todo sin piedad lo sacrifica
Su caridad ardiente,
É inclina con valor su casta frente
Ante el ara de Dios; donde á mil penas
Sujetará su espíritu inocente.
Va á romper las cadenas,
Del mísero afligido,
Y va á poner su planta donde sienta
Gemir opreso un corazón herido.

Miradla cuando atroz con negro manto,
Sembrando muerte por doquier y luto,
A su empuje feroz lleva el espanto,
La mortífera peste embravecida;
Despreciando su vida
Al sitio del dolor se precipita.

Miradla al pié del moribundo helado,
Calmando la tormenta que se agita
En el pecho infeliz del desgraciado,
Que en el potro fatal de su tormento,
Perdido el pensamiento,
Espera triste, que su cuerpo inerte,
Descargue horrenda su segur la muerte.

Y en esas horas de silencio mudo,
En que hierve la fiebre en el cerebro
Del enfermo infeliz, y herido el pecho,
Deja escapar el extertor agudo,
Que le arranca el dolor á su despecho ;
En esas horas de terror y espanto,
La tierna hermana,
Con ternura, calma,
Ese turbión del alma,
Que engendrara el delirio,
Y al calmar su dolor, seca su llanto.

¡ Oh sublime mujer, tu amor es grande !

¡ Es grande hasta el martirio !
¡ Sólo el amor de un Dios alcanza tanto !
Angel de caridad, detén el vuelo,
Que el laurel conquistaste, es tuyo el cielo.
Ya coronan tu frente,
Los vivos resplandores de tu gloria,
Que en el rudo combate de la vida,
Fué tuya la victoria...

. . . . . .

« Mi caridad es grande,
Quiero espacio á mi amor donde se encienda,
Quiero más, quiero que horrenda,
Negra tormenta del dolor me azote,
Quiero que horrible del profundo brote
Dura la pena que en mi pecho estalla,
Si con amor profundo
Puedo enjugar las lágrimas del mundo. »

Me dice ; y cual meteoro
Que en la bóveda azul las nubes hiende,

Y audaz desaparece en el vacío,
Ella corre con santo desvarío,
En busca del cuitado
Por quién al cielo su plegaria eleva.
¿Qué vértigo la impulsa? ¿Quién la lleva
A esas lejanas tierras? ¿Quién enciende
La llama ardiente del amor sagrado
Que cunde en ese pecho?
Sólo la caridad, virtud sublime,
Para quien nunca el sufrimiento es valla,
Ella en sus brazos lo conduce y guia,
Entre el humo y fragor de la batalla.

Miradla cuando vibra y centellea,
Chispeante en los espacios el acero,
Y lleva entre sus alas el pampero,
El grito atronador de la pelea,
Miradla cómo crece y se ajiganta,
Donde arrecia el peligro,
El valor poderoso que se anida,
En su pecho de virgen candorosa.

Miradla con que celo presurosa,
Su abnegación sublime la levanta,
Y lo cruza tranquila entre el embate,
De la lanza homicida,
Entre el fuego que llueve la metralla,
Entre el silvido atronador de balas,
Entre el rugido del cañón que estalla.
Vedla en charco de sangre que aún humea,
Vendando con amor la roja herida,
Que abrierá el plomo ardiente,
En el rudo combate,
Y entre los ayes del dolor perdida.
Donde cae un herido, darle vida.

¡Salve genio inmortal! alma templada.
Al calor de un amor vivo y fecundo!
¡Alma grande, nacida
A la sombra cien veces bendecida.
Del más puro heroismo!
¡Fuerte mujer surgida,
Para aliviar al mundo,

Para salvar la humanidad caida!

¡Salve hermana! mi espíritu se admira,
Pensando en tu virtud encantadora,
Donde escucha un suspiro el que suspira,
Donde encuentra una lágrima el que llora,
Donde encuentra una madre el desvalido!
Tu eres el faro salvador que guía,
En el revuelto mar de la existencia,
Al huérfano aflijido.
Tú eres amparo firme, tú el consuelo,
Del mendigo infeliz que con anhelo,
Un mendrugo de pan llorando implora.
¡Ángel de caridad, bendito seas!
¡Sin patria, sin hogar, sola en el mundo
Tu corazón sincero,
Es patria y es hogar del mundo entero!

No tiembles, no, si indiferente y ciego,
Te desprecia con necia carcajada,
El loco libertino;

El cielo guarda su expiación de fuego,
Y ha de rodar imbécil á la nada,
Quien gasta su salud y su conciencia,
En el placer y el vino.
Sigue mujer divina ese sendero,
Que hasta Dios te levanta ;
Sigue vertiendo bálsamo de vida,
Sobre las almas que el dolor quebranta,
Sobre la pobre humanidad que herida,
Vertiendo sangre hasta tus plantas llega :
Mira que un angel del Señor ya pliega
Sus nacaradas alas,
Y arranca de su frente una corona
Para ceñir tu sién ; ¡ bendita seas !

Junio 8 de 1890.

## EL CANTO DEL SALVAJE [1]

*A mi sincero amigo Enrique Palacio.*

Todo es calma en redor. Ni el aura leve
Entre el follaje de la selva gime,
La brisa que en la tarde allí se agita
Ni á murmurar se atreve.
Hoy no canta la tórtola en su nido,
Hoy no canta en la rama
Con ese arrullo triste con que llama
Al bien que amó, perdido.
Los trinos del zorzal se han apagado,

[1] Declamado en la Academia Literaria del Plata el 30 de Agosto de 1889.

El cantor de la selva ha enmudecido,
La fuente su murmullo ha suspendido,
Las flores de su costa se han secado,
La azucena se dobla ya marchita,
No perfuma el raudal de su corriente,
En su tallo gentil ya no palpita
Al sentir que el ambiente deja impreso,
Con frenesí ardiente,
En su corola virginal, un beso.

Todo calla en redor... todo está mudo...
El céfiro, la brisa, el aura, la hoja,
Un eco no se escucha, una congoja,
Ni aún suspira el ramaje
De aquella selva en su mudez salvaje.
Hasta la tarde va á morir envuelta
En la túnica roja,
Que le forman los últimos reflejos
Del sol que corre á sucumbir herido,
Allá lejos, muy lejos,
En su lecho de fuego.

El crepúsculo, luego,
Ha esparcido sus sombras en la selva,
Sólo falta el misterio de la noche,
Que su manto la envuelva.
El diáfano cendal del firmamento,
En la tarde tan límpido y sereno
Aparece sombrío,
Cual si fuera á rugir allá en su seno,
Iracundo y bravío,
Encadenado el huracán violento.

Todo es calma en redor. Ni el aura leve
Entre el follaje de la selva gime,
La brisa que en la tarde allí se agita
Ni á murmurar se atreve.
Hoy no canta la tórtola en su nido,
Hoy no canta en la rama,
Con ese arrullo triste, con que llama
Al bien que amó, perdido.
El zorzal ya no entona sus amores,
Ha callado, está triste, ha enmudecido;

Es que canta en la selva, en la espesura,
En endechas copiosas de ternura,
El morador salvage, sus dolores.

Bajo un ceibo mimado por natura
Y que ha ornado de flores, primavera,
Donde acaricia la torcaz su amada
Con su canto impregnado de ternura,
Donde acude la brisa embalsamada
A la cita del céfiro, que espera,
Donde el ambiente sus perfumes lleva
En las frescas mañanas del estío
Y corona sus rizos de esmeralda
Con temblorosas perlas de rocío,
Donde blanca, flotante, y con donaire
Su magestad despliega
La princesa aclamada por las flores
La gallarda y fragante flor del aire;
Bajo un dosel de forma caprichosa,
Mansión de los amores,
Que entreteje la triste pasionaria

Belleza y gala hermosa
De aquella selva agreste y solitaria;
Allí yacen velados las despojos
De la mujer querida,
Que amó como á pupila de sus ojos,
El morador salvaje de aquel bosque.

Por eso al ceibo acude; en aquella hora,
Que aviva los recuerdos en el alma,
En esa hora de misterio y calma
En que abraza y agita
La fiebre del pesar devoradora,
Y en que violento y sin cesar palpita
Y revuelve el dolor en las entrañas.
Por eso acude allí, triste, abatido,
Llevando en la mirada el sentimiento,
La pena, el sufrimiento,
La ausencia amarga de su bien querido.
Por eso al ceibo acude; allí derrama
Una lágrima ardiente, que ha brotado
Del corazón que en su viudez más ama.

Los ardientes calores del estío
Han tostado su tez, como á su alma
El calor de la pena.
La pasión, el cariño lo encadena
Á ese ceibo que guarda con ternura
Su prenda más querida,
Á ese árbol que esparce y que colora
La tumba de su bien, de su ventura,
Con sus silvestres flores,
Que copiaron airosas sus colores
Á ese tinte de grana,
En que se baña al despertar la aurora
Sonriente y más hermosa la mañana.

Su corazón pequeño no contiene
Esa corriente sorda,
Aquel empuje colosal, violento,
Del dolor que creciendo se desborda.
Es preciso calmar esa honda pena,
Dar salida al pesar y al sentimiento,
Es preciso que brote de su acento

Una plegaria al Sol, Dios de los hijos
De aquella selva umbría.

Va á decir á la brisa que le lleve
Con su murmurio leve,
Y envuelto en el perfume de sus flores,
El eco que hoy exhalan sus dolores,
El dulce beso que su amor le envía.
Va á elevar de la selva en la espesura
Una plegaria ardiente,
Plegaria que deseara con anhelo
Condujera en su alas
Y rasgara la bóveda del cielo
Para llevar á su ilusión querida,
Sus insomnios, sus noches de tormento
Su viudez, sus pesares,
Su pasión, su desvelo,
Sus suspiros, sus ansias, sus cantares,
Su existencia, su espíritu, su vida.

« Ya no escucho, murmura, ya no siento

Aquella voz sonora y melodiosa,
Suave como el acento
De las aves queridas de mi selva,
Ya no la escucho en su pasión dichosa
Entonando tiernísimos cantares,
Que vibraban sonoros á mi oido,
Como una dulce nota desprendida
Del arpa gemidora de los sauces.
Ya no contemplo á mi ilusión querida
Disipando las nubes
Del cielo tormentoso de mi vida,
Para llevar al corazón la calma,
Para ahogar el martirio,
Y el turbión que en las noches de delirio
Parece engendra con más fuerza el alma.
Ya no se abre mi pecho palpitante
Para beber la lágrima ferviente
Que en su pasión amante
Rodara de sus ojos, temblorosa,
Como ébria de amor abre su broche
La pasionaria hermosa

Para beber con loco desvarío,
La perla de rocío,
La lágrima vertida por la noche.
Ya no bebo en sus labios, ya no aspiro
Su aliento perfumado,
De su amor las delicias,
Ya no ahoga con besos y caricias
Al brotar de mi pecho algún suspiro.
Ya mis ojos no miran esos ojos
Negros como el abismo,
Que irradiaban la luz tenue del alba,
Que robaban sus rayos al sol mismo.
Ya no endulza mi vida, ya no existe.
Aquel rostro modelo de ternura,
Esa tostada tez que es tan hermosa,
Y ardiente como el sol del mediodía,
Ya no contemplo en la querida mía,
Sus mejillas de rosa, sus corales,
Esa frente espaciosa
Velada por su negra cabellera,
Aquel talle gentil cual la palmera

Que se columpia airosa,
Al soplo del turbión en la espesura.
¡Ha corrido la muerte denso velo
Sobre el edén de mis felices días!
Sólo contemplan en redor mis ojos,
Sólo miro doquier, secos abrojos;
¡Cómo ha secado el duelo
Las deshojadas esperanzas mías!

¡Yo no puedo vivir faltándome ella!
El cielo de mi vida está desierto,
Se ha desprendido de su manto, ha muerto
Su más brillante, su mejor estrella
— ¡Qué enlutado que está, ni una luz brilla
Prendida en su celaje!
Obscuro y denso está, como está obscura
De esta selva querida la espesura,
Como obscuro se rompe el oleaje
Cuando el viento la estrella allá en la orilla.

Concluid ¡oh Sol! con mi precaria vida

Me abruma la existencia,
Yo quiero ver á mi ilusión perdida
Pura como el candor, cual blanco lirio,
Más bella que el jazmín, mucho más bella,
Ella era mi delirio,
El alma, el corazón, toda mi esencia
¡ Yo no puedo vivir faltándome ella !

Ha cesado la voz. Vuelve el silencio
Á imperar en la selva,
Sólo falta el misterio de la noche.
Que su manto la envuelva ;
Ha desprendido aquella su gran broche,
Su velo ha descorrido,
Los mil astros que brillan tachonando
Su espléndido palacio,
Su luz han disminuido.
La luna apenas luce en el espacio,
Avanza majestuosa,
Y con hilos de luz esplendorosa,
Las fuentes va rielando

Todo calla en redor... todo enmudece,
El arroyo, las fuentes, los cantares
Del zorzal que se mece
En la copa del sauce, en los pinares,
Es que guardan silencio á aquel salvaje
Que ebrio por el dolor se ha adormecido,
Y contempla en su sueño al bien querido,
Corriendo de los cielos el celaje.
Todo es calma en redor... todo está mudo...
El céfiro, la brisa, el aura, la hoja,
Un eco no se escucha, una congoja,
Duerme el salvaje de aquel bosque rudo.

# EL ARCO IRIS [1]

## I

La tarde va á morir; el cierzo frio
Informes nubes á su frente arroja
Que ruedan centelleando en el vacío;
Y bajo el ala del turbión que estalla,
La onda que espumosa empuja el rio
La enhiesta frente de las peñas moja,
Y une el sauce marchito de la playa
Al choque de la ola,
El amante rumor de su congoja.

[1] Declamada en la Academia Literaria del Plata, el 29 de Junio de 1887.

La tierra está sedienta; entre sus grietas
Brota un vapor candente,
Que en tenues ondas al espacio sube,
Para enviar á la abrasada fuente
El agua de la nube.

Los árboles del bosque desgarrando
Su corona de flores,
Vuelcan sus verdes copas y se inclinan
Al peso de los vientos bramadores.
Herida de pavor no canta el ave,
Y su triste gemido,
Se pierde entre el fragor de la borrasca
Que airada viene á sacudir su nido.
Roto el tallo
Se agita desprendida
La flor que ayer se levantó lozana,
Duró lo que el amor dura en la vida,
La luz de una mañana.

El cielo está enlutado como el alma

De una mujer ingrata,
Que se abraza al dolor en su mutismo,
Debajo de ese cielo que no hay calma,
Y en su seno fermenta,
El caos insondable del abismo,
Y late el corazòn de la tormenta.

El relámpago, genio del vacio
Deslumbrador y ciego,
Castigó con su látigo de fuego
El nublado sombrío,
Y la lluvia cayó. Bramó iracundo
El huracán que quebrantó su freno,
Y á toda ley ajeno,
En su empuje brutal, conmueve al mundo.

Como una bomba colosal, el rayo
Entre las nubes del espacio estalla,
Y su ronco estampido
Que hasta el bramar del huracán acalla,
Es el grito de muerte del abismo

La voz de la batalla.

Crece el pavor. Las nubes entrelazan
Sus negras cabelleras,
Y ruedan y se abrazan,
Llevadas por un vértigo de guerra,
Y forman desprendidas al acaso
El gigante sudario de la tierra,
La corona de sombras del espacio.

La lluvia, el rayo, el huracán, el trueno
Que azotan el desierto
Cielo, antes azul, limpio y sereno,
Es el soberbio, colosal concierto,
Que la natura agradecida entona,
Ante el trono de Dios que la bendice.
Ante el trono de Dios que la corona.

II

Pasó le tempestad. Desgarró el viento,
El obscuro turbante que caía
Como un girón sangriento
Sobre la frente fúlgida del dia,
Y las nubes cortadas,
Que rodaban inciertas y calladas,
Por la bóveda inmensa,
Donde un sol, sin fulgor apenas arde,
Parecían fantásticas bandadas
De negras aves que veloces huyen
Al caer de la tarde.

Y el aura pura al aspirar la lumbre,
Del sol que corre á sucumbir herido,
Tras la inflamada cumbre;
Ató con nubes blancas

Al pabellón de nacar de la esfera,
El iris de la paz, que es su corona,
El arco de la luz que es su bandera.

Volvió la calma á sonreir. La tierra
Bajo el arco triunfal de sus colores
Abandonó su túnica de guerra,
Y se vistió de flores.
Suave murmullo acarició su oido
De hojas y de olas,
Alegre el ave se meció en su nido,
Al son de sus sentidas barcarolas.

El mar cansado de luchar, rendido,
Reclinóse en la costa combatido
A celebrar sus paces con la roca,
Y en el azul, prendido,
El arco iris que sus ondas toca,
Semejaba la aureola refulgente,
Que ató Dios á la frente
Del mundo hermoso en la primer mañana.

Ese arco de luz que se colora
Al tímido fulgor de un sol que muere,
Nos anuncia en sus notas de poesía
Una brillante aurora.

Esa lijera cinta brilladora,
Que vence al mar y al huracán, serena,
Dos infinitos, en sus brazos cierra;
Es el jigante anillo,
Que enlazada de amor dulce, encadena
Al cielo con la tierra.
Es el signo de alianza,
Que Dios suspende del azul del cielo,
¡Cada cinta de luz lleva un consuelo,
Cada nota vibrante una esperanza!

Cuando veais aparecer radiante,
El arco iris de paz sobre las sombras,
Como el dorado girón de la victoria,
Recordad, que ese arco es la portada,
Que os conduce á la gloria.

Ante esa obra en que fulgente brilla,
La mirada de Dios que la colora,
Doblemos la rodilla!
Que ese arco triunfal que se levanta
Sobre el caos profundo,
Es el abrazo que concilia y une,
Al cielo con el mundo.

# AL PARANÁ

(MI PATRIA)

Cuán dulce y grande es el amor de Patria,
Que un noble corazón guarda encendido;
A su dulce recuerdo el alma herida
De placer se conmueve. Y á ella acude,
Á retemplar su espíritu abatido,
En las tremendas luchas de la vida.

Quién no pretende en alas de los vientos,
Llegar y traspasar con su mirada
Las altaneras nubes,

Que cual banda rosada de querubes
Lucen en la alborada
Sobre la frente de su patria amada?
¿Quién no pretende de la bruma el manto
Hendir con su pupila,
Y descubrir su patria, reclinada,
Bajo el dosel de su pendón, tranquila?

¡Y cuán bella es mi patria! Yo la miro
Imagen del poder y la grandeza,
Sobre un monte elevarse, gigantesca,
Cual diosa de belleza,
Y bañarse en la luz de las estrellas,
Que en la sublime altura,
Palpitantes y bellas.
Derraman por doquier su lumbre pura.

Corre á su planta caudaloso rio,
Que el sol con sus colores tornasola,
Y la aurora al correr su cortinaje,
Corona complaciente

Su sonante oleaje
Con rosada aureola.

Hermosas flores al rayar el dia,
En sus copos de espuma se retratan,
Que crecen con vigor y lozanía
Al soplo de la brisa halagadora;
Y el aura pura al aspirar la lumbre,
Que un tibio rayo dora,
Del sol que corre á sucumbir herido,
Tras la inflamada cumbre;
Besa esas flores, y al besarlas toma,
Su fragancioso aroma,
Para verterlo en la espaciosa frente
De mi patria querida,
Que hermosa se adormece,
Complacida y galana,
Á su murmurio encantador y suave;
Cual se adormece el ave
Al sonido de música lejana.

Sus verdes selvas, sus fragantes flores
Con amor la coronan,
Al son de sus fantásticos rumores;
Y en las calientes tardes del estío,
Cuando enciende sus fúlgidas hogueras,
El carro de la luz en el vacío,
Le sirven de abanico sus palmeras;
Las brisas placenteras,
Bañadas en rocío,
Acarician su frente soberana;
Y de su sueño, al despertar, profundo,
Armonioso concierto
Cual el que oyera en su alborada el mundo
Le brinda más sonriente la mañana.

Cuando pienso en la Patria que yo adoro,
Amargo llanto vierto;
Todo en el mundo para mi es desierto,
Hasta el límpido azul del firmamento
Me parece sombrío, y que sin calma
Ruje en su seno el huracán violento,

¡Todo lo miro triste, todo obscuro,
Como el cielo enlutado de mi alma!

Naturaleza que otra vez florida,
Los prados coronara de rocío,
Yace muda y sin vida;
Á mi voz no responde,
Más las olas mecidas una á una,
Por la brisa aromosa,
Vago nombre murmuran,
Que en mi loco delirio,
El nombre de mi patria me figuran.
¡Qué triste es el vivir tan lejos de ella!
¡Tan lejos de los seres más queridos!
La ausencia de la patria es un tormento,
Mucho más que un tormento, es un martirio.
Allí, mi madre está; imagen bella,
Sueño dorado que en mi mente crece,
Angel querido que mi pecho adora
Como el alba á la luz que lo colora,
Como la espuma á la onda que la mece;

Allí, yacen los pálidos despojos
De mi padre adorado.
¡ Cuántas veces hacia él tendí mi paso,
Cuando el sol macilento se dormía,
En brazos del acaso ;
Y á la luz del crepúsculo que huía,
Con el ardiente llanto de mis ojos,
Bañé la loza de su tumba fría !

¿ Cómo no amarte, oh Patria idolatrada,
Si encierras en tu seno,
Mi prenda más amada,
Todo mi ser, mi mismo pensamiento ?
¿ Cómo no amarte si en el alma siento,
Arder tu amor más puro y más ferviente ?
¿ Cómo no amarte, si meció mi cuna,
El aire mismo que en ardiente estío,
Acarició tu frente ;
Si arrulló nuestro sueño
El eco bullidor de un mismo rio ?
Mi alma tiene un vacío,

Y ese vacío llenará tu imágen,
Al hallarme algun día,
Aspirando la brisa, el aura amena,
De la tarde serena
Recostado en tus brazos ¡ Patria mia !

## EL HUÉRFANO

¡Mis tres años! ¡Cuán dichosos
Recuerdo que los pasaba!
Y que besos amorosos
Mi tierna madre estampaba
En mis labios candorosos!

Felices horas aquellas
Que á tu lado, madre mía,
Contemplaba las estrellas,
Que más lucientes y bellas
Desde tus brazos veía.

Cuando mi padre sonriente
Al mirarme en tu regazo

Me daba un beso en la frente,
¡ Yo soñaba dulcemente
Dentro del arco de tu brazo !

Cuando al despertar la aurora,
Con esa franja de grana,
Que el bello oriente colora,
Al despertar la mañana
Entre nubes, que el sol dora ;

Mi corazón que latia,
Con el ánsia más vehemente,
Me anunciaba el nuevo día ;
Te llamaba, y respondía
Tu amor con un beso ardiente.

Cuando corria en la arena,
Del arroyo cristalino,
Viendo su margen amena,
Que borda en tarde serena,
Crepúsculo vespertino ;

Cuando en la verde enramada
Contemplaba al jilguerillo
Acariciando su amada
Con su ala corta y pintada
De hermoso y luciente brillo ;

Entonces yo vilumbraba,
En mi joven fantasía,
Una alma que idolatraba
Y en cuyo amor se bañaba
Mi espíritu. ¡ Madre mía !

Esas horas, ya pasaron
Con rápido y triste vuelo ;
Mis padres, me arrebataron,
Y al pasar ¡ ay ! me dejaron
La horfandad como consuelo.

Marcho hoy triste y moribundo,
Al solo amparo de Dios,
Me envuelve un dolor profundo,

Suspiro, gimo y el mundo
No quiere escuchar mi voz.

El tiempo que corre y vuela,
Mina mi veste roida,
Todo en el mundo revela,
Que con afan, quiere, anhela,
Marchitar, concluir mi vida.

En mi rostro macilento,
El hambre su rabia ensaya,
Clava su garra un momento,
Y arranca á mi alma un acento,
Y mi cuerpo se desmaya.

Vuelvo en mi, cual si volviera
De un sueño de eternidad,
Pido pan y cual si fuera
Más miserable que fiera,
Se me niega sin piedad.

Triste, muy triste es la vida
Del huérfano vagabundo ;
Su alma se encuentra oprimida
Por los recuerdos y herida
Por el desprecio del mundo.

¡Recuerdo, madre adorada,
Tus caricias cuando niño!
Ya en mi mejilla rosada
No imprimes en la alborada
El beso de tu cariño.

Ya no juego en la enramada,
Ni del arroyo en la arena ;
Pasó la edad más amada,
La edad pura, inmaculada,
Que jamás siente una pena.

Madre mía, angel querido,
Que siempre en mis sueños vi,
Mi corazón, hoy partido,

Lanza un suspiro oprimido
Al verme lejos de tí.

Tú que gozas en el cielo
De la dicha más eterna
Pide, ¡oh madre! algún consuelo
Para el hijo del desvelo
Y mitad de tu alma tierna.

Pide, sí, que llegue el dia
Que mi vida ha de tronchar;
Que esperará la agonía,
Con placer el alma mía,
Porque os volverá á abrazar.

Entonces, madre adorada,
A dormir en tu regazo,
Volverá tu prenda amada,
Mi alma pura, inmaculada,
Y á soñar sobre tu brazo.

## SONETO

EN EL CUMPLEAÑOS DE LA MUERTE
DE ENRIQUE SANCHEZ

No es la voz del poeta la voz mía,
Que hoy perturba tus sueños con cantares,
Ni de un bardo las notas singulares,
Que modula de una arpa la armonía;

No es del vate la ardiente fantasía,
Que sorprende á la brisa en los pinares,
Y al eco gigantesco de los mares,
Rugir la escucha en tempestad bravía;

Es la voz del cariño. Hoy en Oriente
Nació aquel sol que iluminó tu vida,
Y una chispa al rodar sobre mi frente,

Me recuerda del mundo tu partida...
Por eso en tu mansión de eterna calma
Deposito esta flor, que es flor de mi alma.

Junio 7 de 1886.

## FELIZ AÑO NUEVO

Canta el jilguero en la rama,
Barcarola melodiosa;
La más sentida y hermosa,
Que pudiera modular.
Esos trinos son los votos,
Que entona á su compañera
Deseando que en la pradera,
Pasen un año feliz.

Arrulla tierna y amante,
La tortolilla en su nido
Al compañero querido,
Y es alegre su cantar.

Y es alegre porque ansian,
Que siempre vivan unidas,
Y que prolongue sus vidas,
El año que va á empezar.

Inclina la flor hermosa
Su cáliz hacia la fuente,
Y ella imprime un beso ardiente,
Un ósculo embriagador;
Y murmura placentero,
Rizando copos de espumas
No tenga su vida brumas,
Feliz año te de Dios.

Yo también he despertado,
Cuando galana la aurora
Con oro y sáfiro dora,
Del cielo el hermoso sol.
Y al abandonar el lecho,
Fué mi primer pensamiento,
Elevar con tierno acento
Una ferviente oración.

Oración en que imploraba,
Con el alma conmovida,
Sólo dicha, larga vida,
Feliz año para tí.

## ¡SI TE PUDIERA HABLAR!

Estabas en el templo una mañana,
Era el mes de María,
Y entre el perfume grato de las flores
Orabas, vida mía.

Velaban con candor densas pestañas
Tus lindos, vivos ojos,
Y ante la virgen pura de tu culto
Postrábanse de hinojos.

¡Qué hermosa estabas! Tu semblante fresco,
Acopiaba el encanto,
De esas trémulas rosas que en la noche
Abriera con su llanto.

Los lirios, los jazmines y azahares
Que en el altar yo ví;
Sonrojados estaban á tu lado,
Y con celos de tí.

Leve como el murmullo de las brisas,
Era así tu respiro,
Y el arrullo de tu alma era tan suave,
Como tenue suspiro.

Mis ojos te miraron; en mi alma
Ardieron los amores,
Como arden las auras de la tarde
Cuando miran las flores.

Desde entónces te llevo en el recuerdo,
Desde entónces te canto,
¡No te he podido hablar! ¡por eso sufre
Y piensa mi alma tanto!

No he escuchado jamás, nunca he oido
El eco de tu acento,

Lo imagino tan tierno y delicado,
Como el gemir del viento.

Lo he sentido en mis sueños cadenciosos,
Armónico y süave,
Como esas melodías, que en mi patria
Entona errante el ave.

Como el acorde mágico, sublime
De una arpa misteriosa,
Como el sonido leve, muy lejano
De una música hermosa.

¡ No he amado jamás ! pero ahora siento
Que algo palpita en mi alma,
Que ha roto de mi ser la indiferencia,
Que ha quebrado su calma.

Que ha templado mi lira desacorde
Arrancando poesía,
Que canta á mis oidos barcarola
De eterna melodía.

Que ha poblado mi vida de ilusiones,
Y de gratos ensueños,
Que un porvenir me pinta sonriente
Con tintes halagüeños.

Que es la luz fulgurante que yo busco
Con la mirada inquieta,
Que es el glóbulo rojo que chispea
En mi sien de poeta.

¡Todo eso es amor dulce bien mio!
Porque te amo mi vida,
Con ese amor intenso con que se ama,
Á la madre querida.

Porque te amo, como amo con vehemencia
Á la sangre que hirviente
Circula por mis venas rutilante,
Á tu mirada ardiente.

Porque te amo, como ama la alborada,
Su luz que la colora,

Como ama la flor que el sol marchita
El riego de la aurora.

Como se aman las aves y las olas,
Como el cielo á la nube,
Como ama la selva su murmullo,
Como el niño al querube.

IN MEMORIAM

## DISCURSO DEL Sr ENRIQUE PALACIO

Señores :

Vengo en nombre de mis condiscípulos, los estudiantes de 6º año de medicina, á rendir el último tributo ante el féretro del amigo y condiscípulo querido que nos acaba de dejar...

No sería seguramente la palabra la que pudiera traducir nuestro dolor, si las lágrimas ya vertidas, no hubieran sido su verdadero testimonio.

¿Quién, que haya conocido á Pascual Echagüe, señores, no siente en este momento lacerado su corazón ?

¿Quién puede encontrar mayor número de re-

levantes cualidades reunidas, que las que se hallaban concentradas en ese querido ser?...

Alma noble, corazón generoso, inteligencia luminosa, conquistó en los breves dias de su paso por la vida, afecciones íntimas y múltiples á la vez que el aplauso unánime de cuantos le oyeran, ya fuera en el aula, donde se distinguía entre los mejores, ya en la tribuna ó en el teatro, en que hacía admirar las dotes de su oratoria ó los cantos inspirados de sus versos. Porque Pascual Echagüe, señores, nacido con el sensible corazón del poeta, impresionado á cada paso, tenía que trasmitir á su lira de rosas y jazmines, ya fueran las congojas de su alma ó las dulces alegrías de su espíritu!...

. . . . . .

Corta fué su vida, mas de una labor contínua: en las clases, en el ministerio y en el hospital á su cargo, cumplía siempre con abnegada contracción los deberes de su cometido, y aún aparte de las horas que á sus estudios consagraba,

sobrábale todavía tiempo para dedicarse al cultivo de sus « letras » como él las llamaba á las ricas producciones de su fantasía, con que pocos dias después, había de alcanzar tantos y tan merecidos triunfos !...

Desde los primeros colegios en que comenzó su brillante carrera, hasta la Facultad de Medicina, que preparaba ya el pergamino de su diploma para doctorarlo, dejó la huella luminosa de su paso y el vacío de cien medallas que sus méritos llevaron... Y entre tanto, señores, ¿qué dirán los pobres niños del hospital San Luis, asilados allí por la caridad y puestos á sus solícitos cuidados?... Llorarán amargamente la eterna ausencia, no de su practicante mayor, sino de su hermano mayor, porque era tal el afecto con que Pascual Echagüe los atendía, que parecía más bien, existiera entrambos las afecciones íntimas de la familia !

Es así, que con tal cúmulo de méritos se encaminaba rápido á la cumbre, cuando en temprana

noche, blandió á la nube el rayo y lo derribó al pié de su bandera.

Víctima de cruel enfermedad trasmitida por el doliente á quien trataba de auxiliar con sus servicios, cerró para siempre sus ojos, en medio de las lágrimas de los suyos, y de sus más queridos compañeros que su lecho rodeaban.

Hoy sólo nos quedan del joven poeta, sus laureles; del estudiante distinguido, su meritorio ejemplo; y del amigo leal y cariñoso, su recuerdo venerado!

¡Pascual Echagüe!.. Al darte el último ¡adios! á nombre de todos tus condiscípulos, recíbelo también del que fué tu compañero inseparable!

¡Descanza en paz!

## DISCURSO DEL Dr CEFERINO ARAUJO

Señores:

Una existencia tronchada en la primavera de la vida y un hogar enlutado desde hoy, sin norte ni guía en los vaivenes del mundo, he ahí el cuadro que con negra perspectiva se desarrolla ante nuestros consternados ojos.

El amigo leal, el estudiante modelo y el hijo cariñoso, báculo de una madre desolada, ha abandonado su carnal vestidura para sublimar su alma á la mansión donde moran los buenos.

Porque la bondad fué el razgo genial del que fué Pascual J. Echagüe.

Una esperanza perdida para la Patria y la

Ciencia, y una arpa enlutada, en que la voz del bardo inspirado ya no levantará sentidas endechas, arrancan lágrimas á los ojos, señores, y desgarran las fibras del corazón en estos instantes, en que con mudo sobrecogimiento asistimos al desenlace de una lucha titánica en que la muerte se enseñoreó de su presa!

De hoy en adelante, los niños del hospital de San Luis de Gonzaga no escucharán los consuelos, que tanto ama la niñez enferma, ni contemplarán á la cabecera de su lecho de dolor la figura simpática de su practicante interno, que cumpliendo las prescripciones de la ciencia y de su sabio médico, les suministraba las pociones que les devolvían la vida.

De hoy más, no le veremos, nosotros sus amigos, entregado á sus estudios favoritos, ora bebiendo las lecciones de sus maestros con febriciente empeño y tesón, ora levantando su voz para sorprendernos con sus producciones de poeta!

Cayó en la lucha al llegar á la meta de su carrera y al reclinar su frente soñadora á la sombra «de los primeros álamos que bordean la senda de la vida».

En nombre de la Comisión Directiva de la Academia Literaria del Plata, de la que formasteis parte, os doy amigo y compañero, el postrer adios de la partida!

## DISCURSO DEL Sr NÉSTOR M. PIZARRO

Señores:

La Academia Literaria del Plata, me ha conferido el honroso pero triste encargo, de dar en su nombre el adios postrero, al compañero y al amigo que hoy nos reune en torno á su cuerpo inanimado.

Pascual Echagüe, el que en nuestras reuniones literarias nos recreaba con sus tiernos cantos, ha inclinado la frente pensadora, al soplo de la muerte, como:

Los árboles del bosque desgarrando
Su corona de flores,
Vuelcan sus verdes ramas y se inclinan
Al soplo de los vientos bramadores!

¡Ya no oireis sus estrofas! En la Academia Literaria del Plata como en el hospital, las letras y las ciencias llorarán su muerte prematura! Huérfanos de su solicitud y de sus caricias, como nosotros de su tierna y franca amistad, llenos están de duelo los centenares de niños con quienes vivía, y á cuya cabecera contrajo la terrible enfermedad, que le postró en su lecho de muerte!

¡Ya no oireis sus estrofas! El que con la palabra y el ejemplo encendía la fé en los corazones y enseñaba la abnegación; que cantaba al tipo de su alma en «La Hermana de la Caridad»; el que pintaba las escenas de la naturaleza y decía el amor en el «Arco Iris» y «El Canto del Salvaje» ha apagado su voz!

El cantor de la selva, ha enmudecido!

La muerte, señores, le sorprendió en sus vigilias de estudiante por descubrir en la ciencia el misterio de la vida. Vano empeño! Este secreto no está *en el tiempo;* está *en la eternidad!* Es el

secreto de las tumbas que hablan ya á su *espíritu inmortal!*

El nos oye, sin duda, al otro lado de esta fosa; él nos mira: y desde allí contempla unidos y confundidos en un mismo duelo, á los que son sus deudos por la sangre, y á los que son sus deudos por el corazón, por las letras, por la ciencia y por la fé de su alma!

Al entregar los *restos mortales* á la tierra que ha abandonado su espíritu, demos al compañero y al amigo, nuestro adios postrero, impregnado de lágrimas y digamos del sentimiento de esta hora solemne, á despecho de la muerte, parodiando al que se aleja de nosotros:

Que este arco triunfal, que se levanta
Sobre el caos profundo,
Es el abrazo que concilia y une
Al cielo con el mundo.

Pascual Echagüe, recibe nuestros votos: *paz á tu espíritu!*

En nombre de tus compañeros de academia: en nombre de tus amigos en la tierra

¡ Adios !

## DISCURSO DEL Sr ENRIQUE A. ZÁRATE

El Centro Científico Literario, al cual pertenecia Pascual Echagüe, me ha designado para que sea el intérprete de sus sentimientos y de la eterna despedida á aquel que siempre llevó á su seno las brillantes manifestaciones de su espíritu.

Señores,

Mi palabra en este solemne instante no alcanza á traducir ni vagamente las impresiones del pensamiento que trémulo y abatido prorrumpe en sollozos, como si algo le faltara ó estuviese herido

al peso de la desgracia; pero si el cerebro enmudece, el corazón con su lenguaje sencillo vertirá una plegaria y nuestros ojos derramarán una lágrima, la más suave, la más pura de todas, nacida de lo íntimo de nuestro ser y engendrada por el más santo de los afectos: la amistad.

¡Estamos de duelo!... Aquí teneis una flor marchita; recién había empezado la primavera á vestirla con sus mejores galas y un destino cruel ha roto el vaso de su existencia, se ha marchitado y ha caido deshojada en esta cárcel fria.

¡Estamos de duelo!... Se ha alejado de nosotros el amigo cariñoso y el compañero querido, el hijo amante ha abandonado su mansión, ya no acude al llamado de una madre desesperada que lo implora con el corazón partido de dolor... desierto está su hogar!

¡Estamos de duelo!... y aún me parece mentira, el que ayer no más le veiamos alegre y comunicativo, franco y amable y hoy destinado á dormir el sueño eterno en este sitio donde hasta el silen-

cio es mudo, lleno de crespones, de fechas que hablan, de recuerdos que entristecen... ¡sombras de muerte por doquiera! Él, que tuvo una alma fuerte, que no lo doblegaron jamás los embates de la vida ; abandonado en estas calles, solitarias, estrechas, llenas de cruces, de mármoles blancos, fantasmas aterradores erguidos con la frialdad de la muerte.

¡Qué cruel amargura del destino!

Pascual Echagüe ya no existe, ¡ha terminado su misión en el albor risueño de la vida!

Mas no importa. La tumba será tal vez el principio del no ser, desaparecerá la existencia con el último soplo de la vida para lanzarse en ese abismo desconocido y aterrador que llamamos *la nada*; pero él no desaparecerá, porque quedan vibrantes sus palpitaciones armoniosas, no desaparecerá porque ha dejado una huella inextinguible, el misterioso perfume de su esencia flotando eternamente en nuestros corazones para avivar el recuerdo.

Señores.

No es á mi á quien corresponde su elogio póstumo, compañero y amigo desde la infancia solo tendría palabras de dolor; sin embargo, diré que era un alma bien templada, de gran elevación moral, condensando en sí las grandes virtudes que hacen vivir y amar á los hombres aun más allá de la muerte.

Era también una inteligencia clara y elevada y un caracter inquebrantable en el sentido de sus creencias.

Poeta melancólico; en el lirismo de su fantasia, habia esas tristes nostalgías de la ausencia, era porque tenía una madre idolatrada allá en su Paraná querido. Con cuánto amor le cantaba á esa *imagen bella, sueño dorado de su mente!* con cuánto dolor en sus *horas de tristeza,* ramo de siempre vivas formado por los últimos perfu-

mes de su alma, lloraba la ausencia de los seres queridos y les enviaba sus besos, sus suspiros y sus lágrimas!

Yo también vengo á depositar las mías. ¡A decirte adios, en nombre de mis compañeros, pero sin olvidarnos de tí! Duerme en paz y no temas que la hiedra del olvido envuelva tu sepulcro, aquí vendremos siempre á depositar nuestras plegarias y humedecer con una lágrima tu tumba.

## DISCURSO DEL Sr VICENTE GARCIA VIDELA

Señores:

Otros, con palabra más autorizada que la mía, acaban de tejer el elogio fúnebre de Pascual Echagüe. Cumple tan sólo á la fidelidad del amigo y del condiscípulo llegar á esta mansión helada y solitaria á verter una lágrima de ternura. ¡Triste ministerio, señores, el de arrancar al alma acentos tan lúgubres que por su intensidad y grandeza rehusan encerrarse en los estrechos límites de estériles gemidos: cuando el corazón habla, la lengua calla!

Muchos y muy profundos rastros deja Echagüe

de su paso entre nosotros; los deja de sus estudios, en los cuales brilló desde el colegio con luz siempre vigorosa, mediante sus aventajadas dotes de inteligencia y su contracción digna de mejor suerte; los deja de su lira de poeta, de cuyas cuerdas supo arrancar seráficas pulsaciones empapadas de tristezas melancólicas, cuando daba á los aires su arrebatada inspiración, recordando las caricias de su hogar y las brisas de su amada patria: tan bello, pero no más, debía ser el entusiasmo de los hijos de Sion, cuando á la sonora margen de los rios entonaban con eco plañidero sus místicos cantares! Los deja de su lealtad de amigo, porque sus labios jamás mintieron al hombre á quien saludaron, porque su corazón encerraba tesoros inagotables, como la vena aurífera que se oculta en las entrañas del planeta.

¡Ah! si fuese propio de este recinto, cuántas y cuántas escenas íntimas evocaría del amigo con quien la suerte quiso llegase en felices dias á compartir la vivienda y los azares del estudio!

Todos los que me escuchan saben cuán merecidas sean estas alabanzas, y que mis sentimientos no son de aquellos que se engendran solamente ante la proximidad del sepulcro: en este sitio, á cuyos umbrales llegan pero no traspasan los rumores de las pasiones, aquí ya las nieblas del tiempo no obscurecen el horizonte de la vida, y los hombres son juzgados y sentenciados ante el sol de la eternidad. Porque Pascual Echagüe poseía ese don, que no es una cualidad sinó la síntesis de cien cualidades, sabía hacerse todo para todos, para ganar á todos, según la expresión del profeta.

Pero ¡ah! dije mal, señores, el finado Pascual era ante todo hijo, y tenía una preferencia, su madre; de su madre hablaba en las conversaciones, á su madre se dirijían sus cartas, á su madre cantaban sus poesías, en su madre estaban su corazón y su pensamiento; por su madre había querido sacrificarse, y para ayudar más tarde á su madre abandonó los patrios lares, y vino á

esta provincia, y consagró su juventud más florida al aprendizage de una carrera cuya corona ¡suerte ingrata! debían destrozar hoja á hoja los aterridos vientos del sepulcro...

¡Oh! vosotros los que en el flujo y reflujo de los humanos acontecimientos no veis más que la ciega y fortuita combinación del acaso, los que os mofais de Dios, y llamais un mito á su Soberana Providencia, razón tuvierais bastante para acallar mi lengua, señalándome los yertos despojos del amigo honrado, frente al sitio donde el protervo impío coronado de laureles levanta su trono de soberbia, teniendo por pedestal los escombros de la virtud vencida! Argumento poderoso el vuestro, si la razón no me dijera que la humanidad se hubiera destruido á sí misma si hubiese sido la única árbitra de sus destinos. Vuestra tierra esta vacía: las tinieblas cubren la faz del abismo, pero es porque no hay la esperanza, semejante al espíritu de Dios, flotante sobre las aguas, para fecundar el caos, y

hacer que surjan de las sombras y de la muerte piélagos de vida y de luz. Por eso, cuando veais el desorden y la corrupción invadiendo la escena del mundo, cuando contempleis al vicio desdeñoso é insolente, y á sus piés la virtud gimiendo cual viuda desolada, cuando os parezca que el genio mismo del mal ha establecido su imperio entre la prole de Adan, arrodillaos entonces, y más que nunca adorad la Providencia, porque estas son las pruebas más elocuentes de sus designios, como las borrascas que agitan la mar hacen resaltar más el poder oculto en el grano de arena adonde van á estrellarse sus olas. Mente elevada y corazón de fuego tenia seguramente quien dijo esta gran verdad, que el hombre se agita y Dios le guía, pues que acertó á encerrar en tan breves palabras las inefables relaciones que enlazan el dogma, la moral y los consejos de una religión divina con lo más íntimo, más delicado y más noble, que se alberga en nuestro corazón.

La melancólica belleza que resplandece en la

fisonomía de Pascual, se pronuncia y se agiganta ante el infortunio que le alcanza en la primavera de su vida; su simpatía es menos grande por la vida que vivió que por la muerte que ha tenido. Su paso por la tierra fué breve, como el de un arroyo que fecunda sin inundar, como el de una chispa que ilumina sin quemar, como el de una ráfaga que purifica sin destruir.

¡Y qué importa que el vetusto ciprés dilate su estéril y funeraria existencia, si la purpurina rosa vivió tan sólo una mañana, pero inundando de celestial aroma los vergeles!

Surge, pues, oh espíritu inmortal, y elévate á las sublimes eminencias de la gloria; el ocaso de los buenos tiene de reverso, como el Sol, una aurora, que aventaja á la del dia natural, en su infinita duración. Ruega por tus amigos, ya que empleaste la vida echizándolos con tus talentos y tus virtudes: yo seguiré mi camino sin lumbre en los ojos y con luto en el corazón por este valle oscurecido con el dolor de tu pérdida.

Y tú, Señor, ¿le detendrás todavía en los umbrales de tu gloria? ¡Oh! admítelo sin dilación al ósculo de tu santa paz. Se lo habeis prometido, Señor, y el cielo y la tierra pasarán, pero vuestra palabra será cumplida. Honra á tu padre y á tu madre, y vivirás largo tiempo sobre la tierra, habeis dicho. Él ha honrado á sus padres hasta el heroismo, es acreedor á la eterna bienaventuranza, ya que os plugo abreviar sus dias en la tierra.

He dicho.

## CARTA DEL Dr RICARDO GUTIERREZ

Hospital de Niños.

Buenos Aires, Abril 25 de 1891.

*Señora Juana Inés Puig de Echagüe.*

Distinguida señora :

El infrascrito, médico director del « Hospital de Niños », á su nombre y en el del cuerpo médico de esta institución, cumple con el triste deber de manifestar á Vd. el sentimiento con que lamento la muerte de su malogrado hijo.

Él fué en este hospital, durante sus dos años de internado, un practicante modelo, por su consagración á la ciencia y por su abnegación incan-

sable en la asistencia de los niños, en la que, no lo detuvo jamás, ningún peligro ni sacrificio.

El más noble acto de su breve pero fecunda vida, está en su muerte misma, aceptada cristiana y conscientemente, en el contagio que ha apagado su existencia, puesta al servicio de la más débil, de lo más pequeño y de lo más desamparado de la vida, que es el niño enfermo en el lecho del hospital.

La sociedad y la medicina argentina, pierden así con Pascual J. Echagüe, un hombre y un profesor que las honraba con los más altos méritos, mientras que, hasta en su muerte misma, su nombre sirve para glorificar ante el mundo, el martirologio de la ciencia.

Haciendo votos, señora, porque Dios de á Vd. el alivio del más grande pesar de la vida.

B. S. P.

RICARDO GUTIERREZ.

# ÍNDICE

## POESÍAS

En mis horas de tristeza..... 7
Á la Hermana de la Caridad..... 15
El canto del salvaje..... 25
El arco-iris..... 37
Al Paraná..... 45
El huérfano..... 53
Soneto. En el cumpleaños de la muerte de Enrique Sanchez..... 59
Feliz año nuevo..... 61
¡Si te pudiera hablar!..... 65

## IN MEMORIAM

Discurso del Sr Enrique Palacio..... 73
Discurso del Dr Ceferino Araujo..... 77
Discurso del Sr Nestor M. Pizarro..... 81
Discurso del Sr Enrique A. Zárate..... 85
Discurso del Sr Vicente García Videla..... 91
Carta del Dr Ricardo Gutierrez..... 99

BINDING SECT.
JUN 1 2 1972

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
7797
E24P6

Echagüe, Pascual J.
Poesías

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 05 22 03 014 8